

Sacerdotes, testigos del amor de Dios

DÍA DEL SEMINARIO 2007

Q UERIDOS
HERMANOS Y
HERMANAS:

El próximo día 18 de marzo, cuarto domingo de Cuaresma, celebraremos el Día del Seminario. Un año más, estamos convocados a reflexionar sobre el don inmenso que constituye para toda la Iglesia la vocación sacerdotal, y a tomar conciencia de nuestra responsabilidad, para que sean muchos los jóvenes de nuestra Diócesis que, llamados por Dios, ayudados por nuestra oración y quizá a través de una propuesta vocacional directa, puedan responder con generosidad a la llamada amorosa del Señor.

La campaña del Día del Seminario de este año tiene por lema “*Sacerdotes, testigos del amor de Dios*”, que hace referencia a la encíclica “*Deus caritas est*”, en la que el Papa Benedicto XVI nos ha querido llevar de la mano al corazón mismo del mensaje cristiano: “*No se comienza a ser cristiano –nos ha dicho– por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva*” (n. 1). El cristianismo es un acontecimiento de amor que fascina con el esplendor de su belleza, pues nos revela el amor de Dios que, como reconoce San Juan, nos sale al encuentro en Jesucristo: “*Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único*” (Jn 3, 16).

El sacerdote es, ante to-

do, un hombre que se ha encontrado con el amor singular y personal de Dios, que en Cristo crucificado, ha dado la vida por él. De esta verdad se concluye que el primer y mayor servicio que el sacerdote realiza al pueblo que tiene encomendado es ser testigo de este descubrimiento que llena su vida de sentido, pudiendo decir

Nuestra Diócesis cuenta con un centenar de jóvenes, que tratan de conocer y amar cada día más a Jesucristo, preparándose así para ser el día de mañana los testigos del amor de Dios que el mundo necesita.

en verdad con San Pablo: “*Me amó hasta entregarse por mí*” (Ga 3, 8).

Por ello, la vocación sacerdotal no es tanto una elección personal, ni una salida profesional, sino una llamada amorosa que resuena en el interior del corazón humano como promesa de plenitud y felicidad. Es una invitación de Cristo a compartir su vida de un modo del todo singular, viviendo de su amor y convirtiéndose, por el sacramento del Orden, en el instrumento que hace posible la entrada del amor de Dios en el corazón de los hombres.

De este modo, la vida, el trabajo y el testimonio del sacerdote son extraordinariamente eficaces, pues no se apoyan sólo en su propia experiencia subjetiva, ni en sus solas fuerzas personales, sino que, gracias al carácter indeleble recibido en la Ordenación, el Espíritu Santo actúa por me-

dio de él como sacramento vivo del amor de Dios, haciendo realmente presente aquí y ahora el amor de Cristo Buen Pastor.

Este amor se manifiesta en la entrega diaria de su propia vida a imitación del Señor y en el ejercicio celoso del ministerio, singularmente en la celebración de la Eucaristía, en la que, por medio de la entrega de su

propia vida, actualiza la entrega sacrificial de Cristo por la salvación de los hombres. Podemos así entender que San Agustín describiera el ministerio sacerdotal como *amoris officium*, un *oficio de amor*. Así se explica también por qué, después de su resurrección, Jesús examina por tres veces a Pedro sobre su amor a Él (Jn 21, 15-17). El siempre recordado Juan Pablo II nos decía a este propósito: “*Jesús pregunta a Pedro si lo ama, antes de entregarle su grey. Pero es, en realidad, el amor libre y precedente de Jesús mismo el que origina su pregunta al apóstol y la entrega de sus ovejas*” (PDV, 25).

Gracias a Dios y al trabajo de formadores, profesores, sacerdotes, consagrados y laicos, que rezan, se sacrifican y ayudan al Seminario, nuestra Diócesis cuenta con un centenar de jóvenes, que tratan de conocer y amar cada día más

† JUAN JOSÉ
ASENJO PELEGRINA
OBISPO DE CÓRDOBA



a Jesucristo, preparándose así para ser el día de mañana los testigos del amor de Dios que el mundo necesita. Son los alumnos de nuestros Seminarios Mayor y Menor de “San Pelagio” y del Seminario Diocesano “Redemptoris Mater”, una auténtica bendición para nuestra Diócesis y, al mismo tiempo, una gran responsabilidad para el Obispo y para toda la comunidad diocesana.

Durante los dos fines de semana previos a la festividad de San José, estos jóvenes seminaristas visitarán nuestras parroquias para dar testimonio de su vocación. Con este sencillo gesto quieren despertar en nosotros el interés y el compromiso con nuestros Seminarios Diocesanos. Es mucho lo que podemos hacer en este sentido. Lo primero y más importante es la oración, para que “*el dueño de la mies envíe operarios a su mies*” (Lc 10, 2), de modo que no nos falten nunca los sacerdotes que necesita nuestra Iglesia diocesana y la Iglesia universal. Pero también es necesaria la colaboración económica, que ayude al sostenimiento de estos centros, junto con el esfuerzo por crear en nuestras familias, comunidades parroquiales y centros educativos el clima espiritual necesario para que la llamada de Dios pueda ser escuchada y acogida.